

## CAPITULO DECIMO-CUARTO.

REVESES DE LOS REPUBLICANOS. — RESUELVEN DEJAR EL SUR DEL ESTADO. — COMISION CONFIA DA AL COMANDANTE CALIXTO SALAS. — ES FUSILADO POR LOS FRANCESES. — LAS FUERZAS DE CORONA SE DIRIGEN Á CULIACAN. — EN EL TRÁNSITO RECIBE CORONA LA NOTICIA DE HABERSE PRONUNCIADO EL CORONEL CORREA CONTRA ROSALES. — ARREGLO DE ESTA DIFERENCIA ENTRE ROSALES Y CORREA. — ROSALES EXIGE DE CORONA EL CASTIGO DE CORREA, Y CORONA SE REHUSA. — ROSALES ENTREGA EL GOBIERNO DE SINALOA Á CORONA, Y ÉSTE LO DEPOSITA EN EL GENERAL DOMINGO RUBÍ. — MARCHAN LAS FUERZAS DE CORONA AL ESTADO DE DURANGO.

La salida de numerosas columnas francesas de Mazatlan, el movimiento de tres mil hombres que Lozada enviaba sobre Sinaloa y la proclama del general Castagny fecha 24 de Marzo, todo anunciaba que se iba á abrir una campaña temible y decisiva sobre los republicanos. La proclama aludida decía lo siguiente:

\*\*\*

*Cuerpo expedicionario de México. — 1.ª division de infantería.*

*— Estado mayor.*

HABITANTES DE MAZATLAN.

Me voy á alejar provisionalmente de vuestra ciudad, para acabar la pacificacion del departamento de Sinaloa, pero dejo en Mazatlan y en sus alrededores suficientes fuerzas para asegurar la tranquilidad del

país. No tengais inquietud: sin embargo, no quiero alejarme sin daros el consejo de alistar lo mas pronto posible la organizacion de la Guardia Rural; de ella, sobre todo, depende vuestra prosperidad futura. Sabed aprovechar con actividad la era de paz en que habeis entrado, para consolidarla y para que jamás sea posible la vuelta de los acontecimientos políticos que tanto os hicieron padecer.

Mazatlan, Marzo 24 de 1865.— El general, comandante de la 1.ª division, *De Castagny.*”

\*\*\*

La série de reveses que en seguida experimentaron las fuerzas nacionales, se inauguró con el amago de un peligro inminente en que se halló comprometida la vida del general en jefe, habiendo estado á punto de ser hecho prisionero por los franceses en el rancho de los Naranjos, cerca y al Oriente de Santa Catarina, en el distrito de Concordia, donde se hallaba algo enfermo el general D. Angel Martinez, á quien en esos días y en el propio lugar habia ido á visitar el general Corona. Tomamos la narracion de este episodio del “Ensayo histórico del Ejército de Occidente,” que en la página 270 dice así:

\*\*\*

El rancho de los Naranjos se encuentra como á ciento cincuenta pasos de un arroyo, que corre á la falda de una montaña cubierta de bosques, junto á la cual se hallaba la modesta habitacion del general Martinez, que de paso diremos que era la principal. Consistía ésta en una pieza pobrísimamente amueblada, sin mas abertura que la puerta de entrada. Por el lado del Norte habia un gran corral cercado, con una puerta que se cerraba ó abría por medio de unas vigas atravesadas; al Sur estaba interrumpido el cerco y franqueaba libre paso á los transeuntes. Debemos añadir que al otro lado del arroyo y bajo la espesa sombra de la arboleda, se hallaban los caballos del huésped, con algunos de los hermosos árabes que habian quitado al enemigo.

El 22 por la mañana recibió Martínez aviso del comandante Guerra, de que una partida de franceses andaba merodeando por la Puerta de San Márcos. A cosa de las doce del día hallábase Corona en la habitación referida, hablando con el prefecto de Concórdia, D. Joaquín Valdés, que acababa de llegar con objeto de conducir maíz á Copala por orden de Rubí, cuando se oyó la voz del asistente de Corona que debajo de un naranjo gritaba que allí estaban los franceses. En el acto los dos generales y Valdés se precipitaron á la puerta y se encontraron frente á frente de un grupo de "Cazadores de Africa" de á pié y de á caballo, que estaban quitando las vigas para entrar. Valdés montó en su mula, y Corona y Martínez, teniéndolo apenas tiempo de tomar sus armas, huyeron sin sombrero por el Sur hácia el monte.

Al entrar los Cazadores, tendieron muerto de un balazo al teniente coronel Estanislao Escudero, y se precipitaron tan violentamente sobre los fugitivos generales, haciéndoles muy de cerca un fuego tan vivo, que no les permitieron ni montar en pelo siquiera los caballos de Martínez. Afortunadamente, los perseguidores se detuvieron algunos momentos, desatando gozosos los caballos que hallaron al otro lado del arroyo, para hacer con mejor éxito la persecucion de los que huían.

Tomaron luego la direccion de la corriente, y á poca distancia encontraron á los ayudantes de Corona, que se estaban bañando, ignorantes enteramente de lo que pasaba. Al apercebirse del grave peligro que les amenazaba, huyeron desnudos al monte, pero sin olvidarse de sus armas; sin embargo, el teniente coronel Jesus Romero, que desempeñaba la secretaría del general en jefe, no pudo distinguir al enemigo, por ser bastante miope, y recibió la muerte en el mismo arroyo.

Entre tanto, Corona y Martínez, muy fatigados, pero á una considerable distancia del enemigo, casi ya no podían continuar subiendo el cerro; en tales circunstancias, Valdés, con la mayor abnegacion, cedió al primero su cabalgadura, yendo él á ocultarse entre el monte; pero Corona, que no aceptó semejante servicio sino despues de vivas instancias, alcanzó á poco á Martínez, que convaleciente, yacía exánime de cansancio, sin poder ya dar un paso, y entonces el general en jefe cedió á su turno la mula de Valdés á su estropeado compañero, prosiguiendo á pié su penosa fuga.

La fuerza enemiga, que se componía de mas de quinientos hombres, inclusive los traidores de la Noria, se desplegó en dos alas: la caballería tomó por el Norte, rumbo á la montaña, y la infantería por el

Sur, convergiendo á un punto dado, para comprender en un gran círculo las casas de los Naranjos, y el espacio en que probablemente podían aprehender á los fugitivos. Por fortuna las infanterías, en vez de cumplir con su deber, avanzando sobre el bosque que estaba mas allá del rio, se detuvieron algun tiempo en la habitación de Martínez, dejando el suficiente para que aquellos pudieran ponerse fuera del círculo en que se pretendía encerrarlos.

El cadáver del desgraciado teniente coronel Jesus Romero fué conducido al rancho, y se mandó levantar luego una informacion verbal, para poner en claro si era ó nó el general Corona, pues alguna semejanza que tenía con él le habia hecho confundir aun por los desertores que servían bajo la bandera del enemigo, á lo que contribuía en gran parte lo muy desfigurado que estaba por la sangre y las heridas.

A pesar de las dudas del momento, el desengaño no se hizo aguardar, reconociendo al fin los asaltantes, que su esperanza habia quedado fallida, pues ni aun siquiera pudieron apoderarse de la correspondencia, que como antes dijimos, era cuidadosamente destruida por el general en jefe.

Entretanto, éste, Martínez y sus ayudantes, llegaron á un lugar bastante retirado del cerro, en donde habia agua, é hicieron alto; allí descansaron, considerándose ya seguros; y al refrescar su sed, murió súbitamente el alférez del cuerpo "Ramirez" D. Miguel Barrera, á quien sus jefes dieron sepultura, despues de lo cual prosiguieron su marcha á pié. En el camino pusieron un extraordinario al comandante Guerra, pidiéndole caballos para continuar su viaje, los cuales llegaron con oportunidad, y en la tarde de aquel mismo día entraron al Verde, situado á unas cuatro leguas de los Naranjos. En aquellos momentos se ocupaba Guerra en preparar una emboscada con la 1.<sup>a</sup> compañía del batallón "Concordia," al mando del comandante Jesus Peraza y algunas caballerías, con objeto de sorprender á los franceses que habían salido sobre él del pueblo de Zavala, y los cuales mudaron de designio y contramarcharon. La emboscada se mandó retirar, y Corona con toda la fuerza acampó en el monte.

A las seis de la mañana del día siguiente se avistaron los franceses de la Noria, y al comunicar el parte correspondiente, el cuartel general previno que se destacaran los diez hombres que acostumbraban salir á tirotearlos; el resto de la fuerza, sin dejar su actitud hostil, y á la vista del enemigo, estuvo cambiando campamentos. Despues de me-

dio día Corona se separó con su estado mayor y una escolta; se dirigió á los Naranjos, y allí tuvo la triste satisfaccion de ver dos montones de piedras coronadas por cruces, que indicaban las sepulturas de los tenientes coroneles Escudero y Romero, que á la orilla del arroyo habían depositado los piadosos campesinos.

\*\*\*

Sin embargo de lo dicho en el relato precedente, la version mas admitida en el Estado de Sinaloa es, que el general en jefe fué sorprendido bañándose en el arroyo con sus ayudantes, y huyó con algunos de estos, al monte, de la misma manera que de ellos se refiere.

Poco tiempo despues el batallon de Concordia, que estaba en el pueblo de Jacobo al mando del teniente coronel Manuel Crespo, fué sorprendido por los quinientos franceses que estuvieron en los Naranjos, sufriendo muchas pérdidas de vidas y la dispersion.

El general Guzman en Guajicori, sobre la márgen izquierda del Cañas, fuera ya de la línea del Estado, fué sorprendido por fuerzas de Lozada, que fusilaron á todos los que hicieron prisioneros y quemaron el pueblo.

Camilo Isiordia, en los ranchos del Rincon, cerca de Escuinapa, confiado en que del lado de la Sierra estaba cubierto por Guzman, fué tambien sorprendido el 24 de Abril en la mañana por fuerzas de Lozada, tuvo muchas pérdidas y se retiró á incorporarse con Gutierrez.

Una columna de franceses sorprendió y destrozó á la guerrilla del comandante Miguel Martinez y ocupó el Rosario.

Un número considerable de las fuerzas de Lozada cayó sobre el pueblo de Maloya, donde estaba el hospital militar republicano, y dió muerte en sus mismas camas á 35 heridos y enfermos, pereciendo en el conflicto el capitán Antonio Urbina.

Llega Lozada al Rosario, y desprende una fuerte seccion sobre el general Gutierrez en Matatán. El jefe republicano, al tener noticia del movimiento, se retiró rumbo á Maloya; pero fué auxiliado por Corona, que se hallaba cerca, con 150 caballos á las órdenes del general Angel Martinez, que se había restablecido de sus males y retirándose de la línea de vanguardia que mandaba frente á Mazatlan, y quien derrotó y dió alcance á los enemigos hasta cosa de una legua antes de llegar al Rosario, donde encontró toda la fuerza de Lozada, por la cual á su vez fué derrotado y perseguido hasta mas allá de Matatán.

Tambien Copala fué luego reocupado por los franceses; y Lozada, al fin, llegó victorioso á Mazatlan al frente de tres mil hombres, que unidos á las demás fuerzas mexicanas y francesas que había en dicho puerto, formaban un número formidable para los republicanos que les disputaban la posesion del Estado y la independenciam de la patria.

Los desastres referidos, que tuvieron lugar en muy corto tiempo, fueron en su mayor parte sorpresas, nacidas de la imprevision y falta de conocimientos de jefes improvisados, que mandaban gentes colecticias y sin disciplina, movidos sin embargo por los mas vehementes deseos de servir á su patria en la mas crítica de las situaciones que ha atravesado.

Corona vió, que por lo pronto no era posible continuar la guerra en la parte que ocupaba del territorio de Sinaloa, donde, además, segun la pintura exacta de la obra tantas veces referida, las poblaciones estaban incendiadas, los campos talados, la tierra improductiva por falta de brazos; los ganados habían concluido; las caballerías estaban pereciendo por la fatiga y falta de forrajes; los soldados carecían de alimentos; las chozas de los campesinos no encerraban ni el sustento indispensable para las mujeres y los niños; la

estacion misma, por ser la primavera, les era enteramente desfavorable; en suma, aquellas falanjes de valientes no tenían mas perspectiva que el fuego de las batallas y su probable aniquilamiento.

Así es que Corona dejó instrucciones al general Perfecto Guzman y al comandante Ignacio Gadea Fletes, para que se sometieran aparentemente al enemigo, á fin de poder amparar á los pueblos, donde habían levantado las fuerzas de su mando, de las tropelías que se intentaran contra ellos, pero procurando hallarse prontos á practicar el movimiento que se les ordenase por el general en jefe. Y habiéndose dirigido á Santa Lucía, lugar en que se hallaba á sazón el cuartel general republicano, y á donde él llegó el día 1.º de Mayo, tuvo consejo de guerra, en que se acordó por unanimidad la evacuacion del Sur del Estado y emprender la marcha esa propia tarde para Culiacan.

Con el fin de que los franceses, que ya estaban en Copala, mineral distante cosa de 4 leguas al Poniente de Santa Lucía, no cortasen á los republicanos el camino que iban á tomar hácia el Noroeste para la capital del Estado, el general en jefe dió al comandante Calixto Salas la comision peligrosísima de bajar con 37 ginetes á la Noria, pasando por un lado de Copala, para que el enemigo creyese que esa pequeña fuerza era la descubierta del ejército mexicano que por allí se proponía pasar, y desatendiese el camino de Zaragoza por donde dicho ejército tenía que dirigirse á Culiacan. Con dicho fin, Salas debería hacer, que en todos los pueblos y rancherías de su tránsito se preparasen forrajes y se matasen reses en gran cantidad, como si debiesen servir para inmensas fuerzas de infantería y caballería que se esperaban.

El jefe Salas desempeñó sin novedad su comision en la

parte mas peligrosa é importante, habiendo andado toda la noche, pasado por las inmediaciones de Copala, llegado al Verde al amanecer y entrado al oscurecer en el Espinal, donde sorprendió y derrotó una guerrilla de imperialistas, cuyos caballos le sirvieron para remudar los de su fuerza; pero habiendo llegado al rancho de Escamillas, donde sus soldados sin desconfianza se esparcieron por las casas en busca de agua, y salido de esa poblacion para la del Quelite todavía con cierto desórden, fué sorprendido en el tránsito por guerrilleros del pueblo de la Noria, apoyados por una seccion de Cazadores franceses, derrotado con pérdida de varios de los suyos, muertos ó fusilados en el campo, y él mismo llevado prisionero á la Noria, donde tambien fué pasado por las armas.

Mejor suerte cupo al coronel D. Juan Camberos, que habiendo pedido en Santa Lucía licencia para ir á trasportar su familia á un lugar seguro, y no pudiendo despues seguir las huellas del ejército para incorporársele, porque ya se habían interpuesto varias partidas enemigas, bajó á la costa como Salas, atravesó con su asistente por caminos donde pululaban destacamentos franceses é imperialistas, y llegó casi milagrosamente á Cosalá, donde se reunió al ejército republicano.

Entre tanto, éste había salido de Santa Lucía, y faldeando la Sierra para no tocar á Zaragoza, donde había entrado ya una fuerza francesa, segun noticia recibida poco antes de llegar á dicho mineral, pasó por la mesa de la Noriega, los ranchos del Potrero y Carrizal y la cumbre de los Negros; el 6 de Mayo había traspuesto la senda del Espinazo del Diablo y el 7 llegó al mineral de Metates, donde un americano, Francisco Dana, que despues había de prestar un importante servicio á la causa de México, se

dió de alta en el estado mayor del general Rubí, temeroso de la persecucion de los franceses por sus buenos oficios y simpatías en favor de dicha causa. El ejército, dejando á la izquierda la villa de San Ignacio, llegó el 10 al pueblo de Ajoja, donde estuvo dos dias, y engrosó sus filas con una compañía levantada allí mismo por el indígena Feliciano Roque.

Tambien llegó allí con su fuerza, llamado por el general en jefe, el teniente coronel Eulogio Parra, quien informó, que llevaba consigo presos á D. Clemente Laveaga (hijo) y á D. Francisco Manjarrés, porque habían recomendado la concesion y el pronto despacho del indulto que el mismo Parra había pedido fingidamente y por conducto de ellos al gobierno imperialista en Mazatlan, tendiéndoles así una celada indigna é impropia del honor de un soldado, tal vez con el designio premeditado de hacerlos objeto de una exaccion pecuniaria.

Este fué al fin el resultado de la denuncia respecto del primero de dichos presos, que era rico, y á quien, bajo el influjo de alternativas durísimas, obligó el general Corona á pagar una multa de diez mil pesos. El segundo fué del mismo modo estrechado á escribir á su hermano, director político imperialista en San Dimas, Estado de Durango, para que se pronunciase por la causa nacional. El jefe republicano no reflexionaba, que la traicion simulada por Parra era un delito imaginario, y que los delitos imaginarios no pueden tener complicidades verdaderas; los Sres. Laveaga y Manjarrés aparecían solo responsables de una opinion política, demostrando estar dispuestos á trabajar por ella de una manera práctica: se había descubierto, en suma, que eran peligrosos, no criminales, que deberían ser vigilados, no castigados.

Las fuerzas llegaron el dia 13 al Chilar, y el 14 á las

Canoas, donde se recibió la primera noticia de un motin militar en Culiacan contra el gobernador Rosales, comunicada de Cosalá por el teniente coronel D. Bibiano Dávalos.

Dicho acontecimiento tuvo lugar algunas noches despues del 5 de Mayo. El coronel Ascension Correa, con el batallon "Hidalgo" que estaba á sus órdenes, de acuerdo con Tolentino, jefe de la caballería que se hallaba en la capital, ambos pertenecientes á la fuerza de Corona, sorprendió el resto de la guarnicion que era fiel á Rosales, y puso presos al general Sanchez Roman, al coronel Rosalío Banda y á los tenientes coroneles Jorge Granados y Francisco Miranda, reduciendo al gobernador á la necesidad de ocultarse en una casa particular, y quedando en consecuencia el jefe rebelde dueño de la plaza.

No proclamó plan político, ni firmó acta de ninguna especie. El motivo ostensible del pronunciamiento fué la inaccion que se atribuía á Rosales en las operaciones de la guerra y la privacion de recursos en que tenía á las fuerzas de Corona en campaña; pero la voz pública, que todavía resuena en el teatro del suceso, culpa á Corona como instigador secreto del motin, imputándole celos por la reputacion de Rosales, mala voluntad por la dura calificacion que éste hacía de las fuerzas de aquel y deseo de disponer del mando supremo del Estado en lo civil y militar, para alcanzar la unidad de accion en las operaciones de la guerra y mantener segura la fuente de los recursos. Si esta última imputacion era positiva, razon tenía el jefe mencionado, pues hasta entónces sus tropas habían subsistido casi exclusivamente de las exacciones sobre los destrozados pueblos del Sur de Sinaloa; pero en verdad, abusaba de los medios para lograr el fin que se proponía, y daba un escándalo ante el enemigo extranjero.

Por la intervencion oficiosa de algunos amigos de Rosa-

les quedó arreglada en muy breves dias la diferencia suscitada entre él y Correa, y el primero dió á luz un manifiesto anunciándolo así al público, con lo que las cosas quedaron aparentemente como ántes, esto es, el uno al frente del gobierno, y el otro al del batallon que se había sublevado.

Rosales, sin embargo, no podía aceptar una situacion, que aunque por lo pronto se avenía bien con los consejos de la prudencia, dejaba su amor propio herido y su autoridad ultrajada; así es que quiso tener una entrevista con Corona, quien el dia 18 había llegado á Cosalá, y con tal fin marchó á ese mineral, á tiempo que el otro jefe se dirigía con una escolta para Culiacan; mas como no habían convenido en la ruta que llevarían, sucedió que ambos llegaron respectivamente á su destino, sin haberse encontrado.

De regreso de Culiacan, y en las conferencias que tuvo con Corona, le pidió Rosales que sometiera á juicio á Correa, por exigirlo así la disciplina militar y la moral pública. Debió entónces reflexionar acerca de los inconvenientes de los pronunciamientos, en los cuales había tomado tan frecuente participio, y deducir que los males que en un Estado democrático produce un gobierno torpe, se agravan reemplazándolo con un gobierno de motin, y solo se curan combatiéndolo en el terreno de los recursos legales, de la opinion pública y de la razon. El derecho de insurreccion popular, á nuestro juicio, no tiene motivo de ejercerse sino contra el despotismo orgánico é incorregible.

Corona se rehusó á dicha pretension, alegando ser extemporánea, en atencion en que había ya mediado un arreglo entre ambos contendientes. Desde luego se comprende el favor que prestaba al jefe sublevado, y que el gobernador y comandante militar se hallaba en la imposibilidad de obrar por sí, pues de lo contrario hubiera tomado las

providencias correspondientes, sin requerir la autoridad del general en jefe.

A esta negativa, Rosales insistió en que se procesara al cabecilla del motin, ó que el general Corona se encargara del mando político del Estado, pues comprendía que de otro modo no podría el gobernante dejar de verse expuesto en lo sucesivo á semejantes contratiempos, y de estar en último análisis subalternado al referido general. En las discusiones que provocó el suceso de que nos ocupamos, se hizo cargo de varias propuestas presentadas para arreglar la dificultad pendiente, entre ellas la de trasmitir el poder al general Rubí, pero las desechó, seguramente porque veía con claridad la falsa posicion en que todas ellas lo dejaban colocado; así es que por fin entregó el gobierno al general Corona, proponiéndose ir á prestar sus servicios cerca de la persona del presidente de la República, que por los acontecimientos de la guerra se hallaba entónces en Chihuahua.

Corona regresó inmediatamente á Cosalá, convocó una junta de todos los jefes y oficiales que allí se hallaban y les refirió lo que había pasado en Culiacan, manifestándoles no ser conveniente que él desempeñase el gobierno del Estado, el cual por lo mismo ponía en manos del general Rubí, á quien prestarían su apoyo todos sus compañeros de armas. Evidentemente no podía haberse escogido otro mas apropósito para las circunstancias: hombre fiel y honrado, no podía ser inconsecuente con el origen de su autoridad: hombre ignorante, estaba á merced de los que debían inspirarlo en provecho de las miras de quien lo nombró; y siendo además hijo de Sinaloa, parecía que este Estado tenía su gobierno propio y sin intervencion ajena. Así es que desde luego fué reconocido en la junta como gobernador, y recibió los parabienes de estilo.

El cuartel general, con todas las fuerzas, se movió de Cosalá para Culiacan, y en esta ciudad el general Rubí tomó á principios de Junio posesion del gobierno de Sinaloa, quedando de secretario por algunos dias el Lic. Ricardo Palacio, que lo había sido de Rosales. Entónces se nombró tambien prefecto del Distrito de Culiacan al Lic. D. Manuel Monzon, que tanto sirvió en dicho puesto en la guerra de intervencion, conservando el órden público, conteniendo los desmanes de aquellas tropas mal formadas y propensas al desórden, y aun poniendo á raya valerosamente los abusos de algunos oficiales y jefes superiores.

Las brigadas unidas de Sinaloa y Jalisco, cuyo efectivo en esa época era de cosa de dos mil hombres, se componían de la brigada de Sinaloa al mando del gobernador Rubí, de la primera de Jalisco, de infantería, al del general José María Gutierrez, y de la segunda tambien de Jalisco, de caballería, al del general Angel Martinez. No se crea, por esto, que las dos últimas brigadas se componían de soldados jaliscienses; los oficiales y tropa eran casi en su totalidad hijos de Sinaloa, y sólo una parte de dichas clases y los jefes eran de aquel Estado, pié veterano, digámoslo así, de la antigua Seccion de Tepic, que mandaba Corona antes de ingerirse en la política de Sinaloa.

Dichas brigadas marcharon en el mismo mes de Junio para Tamazula, Estado de Durango, excepto la primera que quedó en Culiacan con su jefe, que era el gobernador, quien tenía entre sus instrucciones la de retirarse tambien para la sierra, si los franceses ó imperialistas llegaban á invadir el centro ó Norte del Estado.

Así terminó la primera campaña contra los franceses en Sinaloa, en la que se distinguieron, el general Rosales por su valor y su conducta en la célebre batalla de San Pedro, y el coronel Martinez, jefe de la línea de vanguardia frente

á Mazatlan, como guerrillero astuto, activo y valiente. El mismo Martinez, Rubí, Gutierrez y Guzman habían obtenido en ella por sus buenos servicios el grado de generales de brigada, y Corona recibió al mismo tiempo el despacho de general de brigada efectivo, cuyo grado le había sido conferido anteriormente por el general Doblado.

Los imperialistas ocuparon entónces los tres distritos de Rosario, Concordia y Mazatlan, de los que deberían, sin embargo, ser en breve desalojados, al volver á la carga los republicanos, como veremos mas adelante. Los franceses despacharon de la Noria para San Ignacio ciento y tantos hombres, que solo llegaron hasta Cabazán; y de allí se adelantó el jefe francés con algunos oficiales y particulares imperialistas, entró á la villa, que encontró abandonada y sin mas habitantes que unos cuantos ancianos encargados de cuidar las casas, en ella permaneció cosa de una hora y retrocedió en seguida á la Noria, de donde nunca despues pasó el enemigo extranjero.